

## Textiles y actividad empresarial en el Territorio de Tepic (siglo XIX)

**A** partir de la década de 1830 y durante el siglo XIX, la economía del actual estado de Nayarit resultó muy dinámica, transformándose con base en la producción manufacturera de telas de algodón, mediante la operación de cuatro fábricas textiles. A ello contribuyó, además, la siembra de algodón en los valles más fértiles de la costa nayarita.

Este proceso, focalizado en la inmediaciones del norte de Tepic y en la villa de Santiago Ixcuintla, fue acompañado de otros que tuvieron lugar en el noroeste mexicano. En 1826 funcionaba en la ciudad de Colima una fábrica textil mandada construir por iniciativa y con recursos del británico George Alexander Rei, y de acuerdo con datos disponibles, esa empresa pudo haber sido la primera de su tipo establecida en el occidente de México, aunque funcionó durante pocos años. Tiempo después, en 1836, en los suburbios del norte de Tepic se levantaba el edificio que albergaría la fábrica Jauja, al mismo tiempo que se planeaba la compra de maquinaria y equipo por parte de sus propietarios: Eustaquio Barrón y Guillermo Forbes, asociados en la firma británica Barron-Forbes y Cía. Dos años después, la factoría Bellavista, propiedad de Íñigo Noriega, se edificaba a cientos de kilómetros hacia el norte, en los Ángeles Horcasitas, Sonora. Durante un breve periodo, estas tres empresas fueron las únicas que proveyeron de mantas e hilaza al mercado noroccidental, incluido el puerto de San Francisco, California y sus alrededores.

En la década de los años cuarenta, otras fábricas textiles iniciaron operaciones cerca de Guadalajara. En 1840 comenzó a construirse en Zapopan la denominada La Escoba, en la que fueron instalados cien husos para producir tejidos de lana y otros para producir textiles de algodón. A partir del 18 de octubre de 1841, se iniciaron los trabajos para construir La Prosperidad Jalisciense, localizada al norte de Guadalajara. Le siguió la Caja de Agua, que empezó a producir en 1850. En Sinaloa también se construyeron fábricas textiles en la segunda mitad del siglo XIX. En 1850 se

\* Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.



fundó El Coloso, en la ciudad de Culiacán, y en 1864 se construyeron dos más al sur de la entidad: La Bahía, en Mazatlán, mandada a hacer por la firma alemana Melchers Sucesores, y La Unión, levantada en Villa Unión, por la firma Echeguren.<sup>1</sup>

Durante la creciente producción textil algodonera que tuvo el occidente mexicano en el siglo XIX, el ahora estado de Nayarit llegó a participar con cuatro fábricas. Antonio Peñafiel las registró en sus estadísticas al final de ese siglo, con “12,176 husos antiguos y 359 telares”, las cuales consumieron 951 655 kilogramos de algodón y produjeron 222 565 piezas tejidas, con el trabajo de 590 operarios.<sup>2</sup>

#### La fábrica Jauja

A partir de 1835, la firma comercial Barron-Forbes Co. comenzó a canalizar las primeras decenas de miles de pesos en la construcción de la nave principal que albergó la maquinaria y equipo de esa factoría, quedando ubicada en las inmediaciones al norte de Tepic, en el terreno Acayapan. La decisión partió de una consideración técnica y operativa elemental: la fuerza motriz del caudal del río Mololoa, asociado a un proyecto de ingeniería hidráulica, pondría a funcionar una maquinaria con capacidad inicial de 80 caballos de fuerza. Para aprovechar la fuerza de esas aguas, fue preciso construir obras hidráulicas de derivación y conducción del caudal a lo largo de un kilómetro río arriba, al mismo tiempo que se hacía lo propio con el edificio de la factoría.<sup>3</sup>

Tres aspectos de índole local resultaron importantes para que la fábrica Jauja operara en 1838: primero, la

<sup>1</sup> Luis Antonio Martínez Peña, “Las casas comerciales alemanas en Mazatlán”, en Jaime Olveda (coord.), *Inversiones y empresarios extranjeros en el noroccidente de México, siglo XIX*, Zapopan, Jalisco, El Colegio de Jalisco, 1996, pp. 81-97.

<sup>2</sup> Antonio Peñafiel, *Anuario Estadístico de la República Mexicana, 1898*, México, Secretaría de Fomento, 1899.

<sup>3</sup> Estas obras fueron utilizadas hasta 1946, cuando la factoría sufrió un incendio de consecuencias funestas. Al año siguiente, obreros y patrones acordaron terminar el contrato de trabajo, cerrando con ello la fábrica. Véase el interesante trabajo de Pedro Luna Jiménez, “Después de un buen servicio un mal pago. El Río de Tepic, un poco de su historia”, en *Unir/Universidad*, núm. 16, Tepic, Nayarit, UAN, abril-junio de 1998. También el periódico *El Nayar*, Tepic, Nayarit, 28 de junio de 1947.



disposición de recursos financieros conseguidos en buena medida por el contrabando de metales preciosos; segundo, el contexto político regional favorable a esa iniciativa, expresado con el acuerdo de las autoridades del ayuntamiento de Tepic, que cedieron un terreno para que la empresa se construyera y operara en condiciones ideales;<sup>4</sup> tercero, el trabajo de un importante número de peones en las tareas de albañilería del edificio, que llegaron a sumar, en los mejores años, hasta 350 obreros.

La importancia de la fábrica Jauja, en medio de una economía agropecuaria, provocó positivas expectativas económicas y admiración general para sus dueños. En un informe del ayuntamiento de Tepic de 1838, se afirma al respecto:

... han establecido con sus propios fondos una máquina hidráulica en los suburbios de esta ciudad, y a su rumbo norte, compuesta de oficinas en las cuales despepitan el algodón [*sic*] con la mayor facilidad para tejer mantas tan buenas como las que hoy importan del extranjero; anexo

<sup>4</sup> Jaime Olveda, *La oligarquía de Guadalajara*, México, Conaculta, 1991, p. 215.



a estos establecimientos hay los telares de herrería, [una] carpintería y demás necesarios para la conservación de la maquinaria. Ellos han de contribuir al consumo de tejidos propios de las clases menesterosas de la sociedad, va a servir de estímulo para generalizar esta industria desconocida hasta ahora en el departamento y otros puntos circunvecinos, a dar impulso a la riqueza pública y ocupación a brazos indígenas.<sup>5</sup>

La inversión efectuada a lo largo de los primeros cinco años de vida de la factoría rebasó los 200 mil pesos, estimación viable de hacer con cierta confianza si atendemos que la empresa textil La Escoba, con capacidad instalada similar a la de Jauja en los años cuarenta, requirió de un capital social inicial que rebasó esa misma cantidad.<sup>6</sup> En 1853, Longinos Banda estimó que el edificio y la maquinaria de Jauja tenían un valor de 300 mil pesos,<sup>7</sup> lo cual sugiere sin más la idea de que los primeros 15 años de la fábrica fueron de expansión.

Jauja estaba en pleno apogeo hacia la mitad del siglo XIX, y quienes la conocieron entonces la describieron con un tono de asombro. Así lo hizo en 1849 el estadounidense Henry Augustus Wise, quien se expresó positivamente sobre el funcionamiento de la factoría y de su moderna maquinaria en ella se instalada.<sup>8</sup> En marzo de 1856 el viajero Marvin Wheat, contrario a su estilo crítico y sarcástico, escribió en su Diario: “el trabajo de albañilería de la represa, el caño y el canal que desaloja todas las aguas negras, así como los estribos de los arcos y los cimientos de toda la construcción indican una voluntad de permanencia sólida”.

<sup>5</sup> Citado en José María Muría y Pedro López González, *Nayarit: del Séptimo cantón al Estado libre y soberano*, México, Universidad de Guadalajara/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1990, p. 247.

<sup>6</sup> Jaime Olveda, *op. cit.*, pp. 292-293.

<sup>7</sup> Longinos Banda, *Estadística de Jalisco (1854-1863)*, 2ª ed., Guadalajara, Gobierno de Jalisco, 1982.

<sup>8</sup> Citado en Walther L. Bernecker, *De agiotistas y empresarios. En torno a la temprana industrialización mexicana (siglo XIX)*, México, Universidad Iberoamericana, 1992, pp. 119-120.

Este viajero refirió en forma detallada varios aspectos de Jauja, como sus espléndidos jardines, siempre verdes y cuidados, la casa del administrador, los acabados arquitectónicos y de ingeniería de los edificios y las obras hidráulicas, así como la organización interna del trabajo. Destacaba:

...el edificio es cuadrado de 200 por 200 pies... cuenta con dos pisos... numerosas puertas y ventanas colocadas del modo más conveniente para obtener buena ventilación y luz... los techos están contruidos en la misma forma en que se erigen los edificios más suntuosos y duraderos de este país... los muros son de dos pies de espesor... la fuerza locomotriz para mover toda la fábrica día a día consiste en dos ruedas, cada una de cuarenta pies de diámetro... adjunta a la fábricas hay una demotadora de algodón... el sistema de trabajo [está] bien planeado y ejecutado...<sup>9</sup>

#### La fábrica Bellavista

En 1841 Bellavista comenzó a producir textiles, tres años después de la apertura de su vecina Jauja. Esto fue posible gracias a los recursos proporcionados por la sociedad establecida entre los comerciantes José María Castaños, de origen vasco, y el jalisciense Ignacio Fletes. El primero aportó dos terceras partes del capital, mientras el segundo el tercio restante.

Bellavista se construyó en terrenos boscosos des poblados, que fueron comprados a la cofradía de la parroquia de Tepic. Para ello, José María Castaños “solicitó al obispo de Guadalajara le vendiera el terreno conocido como La Jordana con el objeto de establecer ahí la fábrica de hilados y tejidos”, petición a la que accedió el prelado, realizándose la compraventa a un costo de casi dos mil pesos. En la transacción se condicionó al comprador para que garantizara el suministro regular de agua hacia las comunidades aledañas.<sup>10</sup>

<sup>9</sup> Marvin Wheat, *Cartas de viaje por el Occidente*, Guadalajara, El Colegio de Jalisco, 1994, pp. 38-42.

<sup>10</sup> Javier Vizcarra Rubio, “Ascenso y conformación de la burguesía en Nayarit (1821-1895)”, Tepic, Tesis de la Escuela de Economía, UAN, 1987, p. 32.

La obra y la capacidad instalada de esta factoría fue proyectada en un nivel superior al de *Jauja*. El monto de la inversión inicial en los primeros años rebasó la cifra de 300 mil pesos, según estimación del empresario jalisciense José Palomar.<sup>11</sup> En 1843 aún se instalaban husos y se construían anexos de la fábrica, como la casa del administrador y los talleres.<sup>12</sup> Para 1853, el valor en maquinaria y edificio alcanzaba la cifra de 400 mil pesos.

Pocos años después de esas inversiones, los propietarios de Bellavista enfrentaron dos problemas cruciales para el futuro de su empresa: el abasto de materia prima y un repentino encarecimiento de la arroba de algodón, que incrementó su precio de cuatro a ocho reales. Para hacer frente al doble problema, la fibra comenzó a importarse desde Guayaquil, Ecuador, teniendo allá como firma proveedora a la Casa Luzárraga, con la que pronto la sociedad de Castaños y Fletes comenzó a endeudarse, acumulando una deuda cercana a los 130 mil pesos para 1846. Otro problema central de la fábrica llegó a ser su deficiente organización interna, que repercutió en una baja productividad. Estos problemas pesaron en el funcionamiento de Bellavista, y conjugados propiciaron su primera crisis en 1847.

Respecto a este último incidente, resulta interesante la opinión del empresario tapatío José Palomar, quien llegó a expresar sobre el mal funcionamiento de la textilera: “la he visto y tengo informes muy minuciosos... soy de la opinión que se necesita mucho dinero y un hábil Director para hacerla producir... allí se han cometido errores casi imposibles de remediar”.<sup>13</sup> Palomares se refería, entre otras cosas, a que la fábrica, no obstante de contar con mayor capacidad instalada, producía menos que su vecina, es decir,



consumía 65 quintales de algodón a la semana, frente a los 97 quintales que se transformaban en *Jauja*.

La situación de Bellavista, a escasos cinco años de su apertura, demostraba al menos dos situaciones definitivas para la actividad empresarial: *una*, la inexperiencia de sus propietarios —cuya capacidad mayor era como empresarios comerciales— en el terreno industrial, en donde las expectativas y las decisiones debían tener otros fundamentos, y *dos*, las decisiones equivocadas con el nombramiento de los administradores, quienes mostraron no ser tan eficaces como los de *Jauja*.

La crítica situación administrativa y financiera en la que se colocó a Bellavista, entre 1845 y 1846, propició

<sup>11</sup> Citado en Jaime Olveda, *op. cit.*, p. 369.

<sup>12</sup> En 1843, Manuel López Cotilla mencionó que la fábrica de Bellavista estaba en proceso de concluirse. *Noticias geográficas y estadísticas del Departamento de Jalisco*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara y Gobierno del Estado de Jalisco, 1983.

<sup>13</sup> Citado en Jaime Olveda, *op. cit.*, 1991.

que los acreedores y proveedores iniciaran movimientos legales y administrativos que llevaron a la formación, en 1847, de la “Empresa Industrial de Bellavista y Puga”. Cuando ésta se liquidó, en 1852, se remataron los bienes y entonces se formó en su lugar la Compañía Tepiqueña.<sup>14</sup> Entre los cuarenta socios participantes en esta segunda compañía destacaban tres: Juan Antonio Aguirre, director general de la misma, Barron Forbes y Cía., y Manuel Antonio Luzárraga, de Ecuador.

Juan Antonio Aguirre, entre 1852 y 1854, era conocido en la región como un comerciante próspero y pronto destacó, primero como socio de la fábrica Bellavista, y después como propietario de la misma.<sup>15</sup>

La Casa Aguirre inyectó recursos a la empresa, tan pronto se hizo su propietaria, después de restaurada la República con el retorno del presidente Juárez. Entonces se equipó más a la planta industrial, con un número mayor de husos y telares. La organización y administración de la fábrica tendieron a modificarse para mejor producir, y el entorno de la misma fue transformándose hasta convertirse en una población. Otro aspecto que influyó en esos cambios fue la construcción de una parroquia de regular tamaño en la zona, con la anuencia de la Casa Aguirre y el permiso de las autoridades eclesiásticas de Guadalajara. En junio de 1869 arrancó el proyecto de construcción del templo, en un terreno distante 50 metros aproximadamente de la planta industrial, que ahora se conoce como el pueblo



<sup>14</sup> Pedro Luna Jiménez, “Comerciantes y hacendados vascos en Tepic: 1821-1940”, en Amaya Garritz (coord.), *Los vascos en las regiones de México, siglos XVI-XX*, t. III, México, UNAM/Ministerio de Cultura del Gobierno Vasco, 1997, pp. 257-272.

<sup>15</sup> Javier Vizcarra Rubio, “Estructura, funcionamiento y rentabilidad de la fábrica de hilados y tejidos de Bellavista 1888-1915”, mecanoescrito s/f que forma parte de su tesis de Maestría en Economía. Agradezo a Vizcarra Rubio haberme facilitado este escrito. Pedro López González, “La Compañía Comercial Aguirre de Tepic”, separata del *Boletín de la Real Sociedad Vascongada de los amigos del país*, San Sebastián, España, 1996-1, y Pedro Luna Jiménez, *op. cit.*

de Bellavista. Las obras del templo iniciaron en 1872, y durante dos décadas la construcción avanzó de manera muy lenta, sin que tuviera la culminación exitosa esperada.

### La fábrica Del Río

Esta factoría, de tamaño más pequeño que Jauja y Bellavista, se fundó el 7 de marzo de 1858 en Santiago Ixcuintla, cuando imperaban tiempos políticos difíciles. La inestabilidad del gobierno federal marchaba al mismo tiempo que la revuelta encabezada por Manuel Lozada en la región, floreciendo con ello la pugna por el poder local entre dos bloques de familias, encabezados uno por los Castaños y el otro por los Barron. También agravaba la situación los reacomodos de la propiedad de la tierra, derivados de la desamortización de los bienes corporativos, civiles y eclesiásticos.

La constitución de Del Río estuvo respaldada con una base financiera diferente a la tenida por las dos fábricas que entonces operaban en Tepic. La inversión inicial fue de aproximadamente 20 mil pesos, emitiéndose 25 acciones que fueron adquiridas por Alfredo Howell, estadounidense, Josue o Joshua Mellur, inglés, y Carlos Edson, probablemente estadounidense.

De Howell no se tiene información, mientras de los otros poco se conoce. Joshua Mellur, según lo presenta el viajero W.H. Bullock, se dedicaba hacia los años sesenta al cultivo de algodón, actividad que le redituó cierta prosperidad, estimulándolo seguramente a participar como socio en la fundación de la fábrica Del Río.<sup>16</sup> Carlos Edson fue director de la empresa por algunos años, y socio hasta 1868; además fue propietario de predios rurales en la costa nayarita.

<sup>16</sup> “Across México in 1864-65”, en José María Muría y Angélica Peregrina (comps.), *Viajeros anglosajones por Jalisco, siglo XIX*, México, INAH (Regiones de México), 1992, pp. 163-215.



En medio de una creciente competencia por el mercado regional entre los productores de textiles de algodón —en 1864 se constituyeron dos fábricas en el sur de Sinaloa—, la sociedad de Howell, Mellur y Edson se mantuvo por un periodo de diez años, hasta que Carlos Edson decidió vender sus acciones en 1868, compradas por el próspero comerciante y diplomático alemán Teodoro Kunhardt, quien desde los años cuarenta tenía intereses en las ciudades de Guadalajara, Colima y Mazatlán.

En esa oportunidad Kunhardt compró doce acciones, convirtiéndose así en el socio principal y presidente del consejo directivo de Del Río.<sup>17</sup> Era su primera incursión en la producción textilera, y durante aproximadamente diez años abrió mercados para la empresa, le invirtió capital en husos y telares, aumentando ligeramente su capacidad instalada y la producción de hilaza, cuya calidad mejoró y fue reconocida en la exposición municipal de Tepic, en septiembre de 1879.<sup>18</sup>

<sup>17</sup> Jaime Olveda (ed.), *Inversiones y empresarios extranjeros en el noroccidente de México, siglo XIX*, Zapopan, Jalisco, El Colegio de Jalisco, 1996, p. 150.

<sup>18</sup> Everardo Peña Navarro, *Estudio histórico del estado de Nayarit de la Independencia a la erección de estado*, Tepic, Gobierno del Estado de Nayarit, 1956.

Cuando esa sociedad se liquidó, la fábrica pasó a ser propiedad del comerciante y ex diplomático alemán Adolfo Kindt, quien en abril de 1880 llegó a aparecer en un directorio del *Periódico Oficial* como propietario de Del Río. A la luz de los datos disponibles, no parece que Kindt haya tenido especial interés en la empresa, no obstante mantenerla en supoder por casi tres lustros. Después de una larga estancia en Europa de 19 meses —de mayo de 1891 a diciembre de 1892—, regresó a Tepic e intentó venderla por primera vez en enero de 1893 a Alberto Stephens, estadounidense que trabajó en el departamento de maquinaria de la fábrica Bellavista, hermano de quien fuera administrador de la misma. Pero por razones que también se desconocen, la compra-venta no llegó a realizarse<sup>19</sup> sino hasta un año después, en marzo de 1894, siendo vendida sin embargo al español José María Menchaca.<sup>20</sup>

La maquinaria de Del Río funcionaba a través del vapor generado por la quema de leña extraída de los bosques aledaños. Su capacidad instalada era mucho menor que las de Jauja y Bellavista, compitiendo con las dos fábricas de Tepic y otras de Sinaloa y Guadalajara. Tenía a su favor el precio pagado por la materia prima, más bajo en dos reales por arroba que el pagado por las otras factorías, más alejadas de las plantaciones de algodón.

#### La fábrica Santiago

Se fundó el 1° de octubre de 1868 en Santiago Ixcuintla, en medio de tiempos políticos difíciles que persistían en la región desde una década antes, y que aún con la restauración de la República no variaron sustancialmente. Su capital social inicial fue de 22 200 pesos plata, conformado con base en la emisión de 37 acciones, con un valor de 600 pesos cada una.

La mayoría de esas acciones quedaron en poder de la familia Pérez Gómez, hijos del matrimonio de Nicolás Pérez González y de Rafaela Gómez. De esta familia vale la pena destacar que algunos de sus integrantes

<sup>19</sup> Archivo del Registro Público de la Propiedad (ARPP), Tepic, Libro I, registro núm.162.

<sup>20</sup> *Lucifer*, 31 de marzo de 1895.



participaron de manera activa en la política local, en el ayuntamiento de Tepic.

Nicolás Pérez Gómez fue el más destacado en esa actividad, al fungir como jefe político y comandante militar del Distrito de Tepic, durante varios meses del año de 1876, regidor al año siguiente y síndico del mismo ayuntamiento en 1884, en donde también fue prefecto político en 1897. Su hermano Joaquín Pérez Gómez, también fue regidor de Tepic en 1877 y 1878.

Entre sus propiedades, la familia Pérez Gómez contaba con predios urbanos en Santiago y Tepic, además de fincas rurales en la margen izquierda del río Santiago. Incursionó en la minería y, como ya señalamos, desde 1868 en la producción textilera como socios fun-

dadadores de la fábrica Santiago, cuyo primer director fue Carlos Pérez Gómez.<sup>21</sup> Entre los socios iniciales de los Pérez Gómez estaba Carlos Edson, quien vendió precisamente en 1868 sus acciones de la fábrica Del Río.

La capacidad instalada de Santiago tuvo pocas alteraciones, y se mantuvo en un nivel mucho menor que las fábricas instaladas cerca de Tepic. Similar a la empresa Del Río, para 1887 llegó a trabajar con 512 husos, consumía 3 000 quintales de algodón, producía 9 000 piezas de manta y contaba con 60 operarios.<sup>22</sup>

La familia Pérez Gómez mantuvo activa la fábrica durante aproximadamente tres décadas, no obstante la muerte de dos de sus socios fundadores: Nicolás Pérez González, quien falleció el 17 de enero de 1886, y Carlos Pérez Gómez, cuyo desceso tuvo lugar el 18 de septiembre de 1890.<sup>23</sup> Hubo cambios en la dirección de la empresa, pero la familia mantuvo el control de la misma.

El 25 de marzo de 1893, Nicolás Pérez Gómez firmó escritura de compra a Guadalupe Ávila, viuda de Carlos Pérez Gómez, para ese momento esposa de Alberto Sthepens, quien precisamente en esos meses estaba en proceso de comprar la fábrica Del Río a Adolfo Kindt, sin que pudiera llevar a efecto la operación.

Nicolás Pérez Gómez le propuso a su otrora cuñada, Guadalupe Ávila, la compra de “una parte de la fábrica de hilados de Santiago”, por 2 619.00 pesos, cantidad que sería pagada hasta el 31 de diciembre de 1897, con una tasa de interés del seis por ciento anual.

Todo indica que la textilera Santiago, sin que las causas quedaran del todo claras, cerró sus puertas al comenzar el siglo XX, cuando los informes y estadísticas oficiales sobre la textilera dejaron de mencionarla como activa. A partir de entonces, la actividad textil en Nayarit recayó en las otras tres fábricas en las que, hasta donde se tiene noticia, ya no recibirían fuertes inversiones y sobrevivirían una o dos décadas más.

<sup>21</sup> Pedro López González publicó el documento de la acción núm. 26, en la que aparecen estos datos, en la revista *Alica*, núm. 1, Tepic, Nayarit, julio-septiembre de 1992, p. 12.

<sup>22</sup> Archivo General de la Nación (AGN), Industrias Nuevas, caja 49, exp. 465.

<sup>23</sup> Cripta de la familia Pérez Gómez, en el Panteón Municipal de Tepic.